

Análisis conceptual entorno a la destrucción de libros y bibliotecas

Meneses-Tello Felipe Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: fmeneses@unam.mx

Resumen

Los actos de destrucción de libros y bibliotecas en particular y el aniquilamiento de la cultura material en general, se concentran en un repertorio conceptual que guía la naturaleza terminológica del fenómeno. Así, se detallan los términos: bibliofobia, biblioclastia, biblioclasmo, bibliolitia, libricidio, biblioclausto, memoricidio y genocidio cultural. Vocabulario que destaca en la literatura especializada para explicar todo acto de violencia y barbarie llevados a cabo en diferentes contextos y principalmente por distintos regímenes autoritarios. También se hace referencia a vocablos contiguos al tema central, tales como: bibliocleptomanía, bibliopiratería, bibliófago y bibliótafo. La historiografía sobre la destrucción de libros y bibliotecas en tiempos de guerra, y los anales sobre devastación de estos objetos e instituciones culturales en períodos de golpes de Estado, nos muestran a esta máxima estructura política como una de las que más ha realizado actos masivos de biblioclastia o libricidio.

Palabras Claves Biblioclastia; Biblioclasmo; Bibliofobia; Libricidio; Memoricidio; Genocidio cultural

Fecha de recepción: 30/06/2022

Fecha de aceptación: 20/07/2022

Cita sugerida: Meneses-Tello, F. (2023). Análisis conceptual entorno a la destrucción de libros y bibliotecas. *Anuario Basta Biblioclastia*, 1(1), 124 - 143.

Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR rcial-CompartirIgual 4.0 Internacional http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

Introducción

Acorde con las noticias que han estado circulando en el siglo que transcurre, el fenómeno de la biblioclastia continúa. El discurso académico, la literatura especializada o la bibliografía sobre este asunto es muestra, por un lado, del degradante nivel que ha alcanzado el ser humano en materia de destrucción de libros y bibliotecas; por el otro, es un claro indicio del interés que persiste por ampliar y profundizar el estudio y análisis de esta temática. Como se sabe, este fenómeno data desde tiempos antiguos y continúa hasta el siglo que avanza (Gil, 2007; Raven, 2004; Knuth, 2006). Desastres culturales ocasionados por el hombre, como la destrucción de la antigua Biblioteca de Alejandría, el aniquilamiento en hogueras públicas de miles de libros durante el régimen alemán nazi, la devastación de la Biblioteca de Sarajevo en tiempos de la guerra de los Balcanes y la desaparición por el fuego de la gran Biblioteca Nacional de Irak ante la indolencia de las tropas estadounidenses y británicas a comienzos del presente siglo, muestran que los libros y las bibliotecas en varias épocas han estado en la mira de los biblioclastas. La quemazón tanto de libros como de bibliotecas, por ejemplo, ha continuado a través del tiempo no obstante las continuas advertencias que se han hecho en torno a esta locura y a los males que produce esta nefasta práctica (Bosmajian, 2006, p. 3).

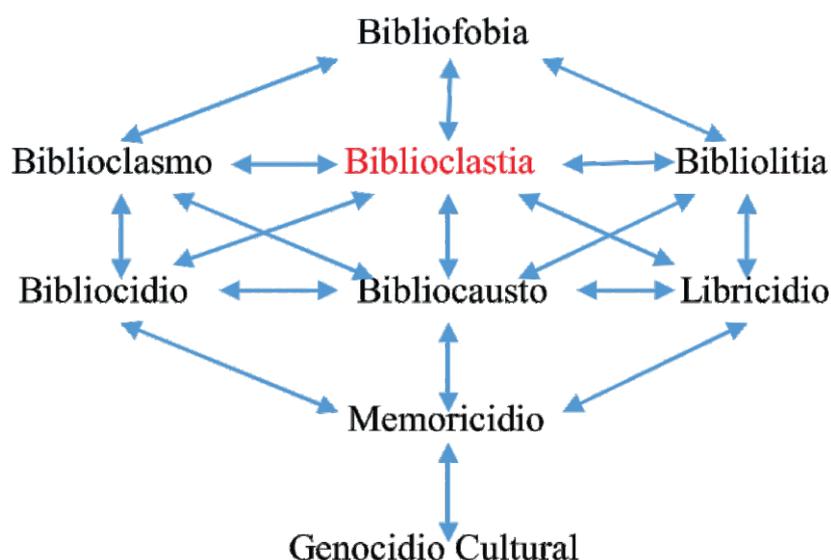
Ciertamente el aniquilamiento de la memoria escrita va más allá de estas dos categorías, pero para efectos del presente discurso nos limitaremos al documento dominante que la sociedad utiliza para ilustrar, educar, informar y recrear al individuo y a la diversidad de grupos, esto es, nos ceñiremos al libro; asimismo concretaremos nuestra atención a la institución social de servicio que permite desarrollar, organizar, difundir y leer libros entre la comunidad, es decir, nos limitaremos en torno a la biblioteca. Por lo tanto, «libros y bibliotecas» son las categorías centrales para explicar, en el presente discurso, algunos conceptos que se relacionan con la biblioclastia y términos afines.

Los libros, como objetos culturales, son respetados, halagados y admirados. Empero, en determinadas circunstancias son estigmatizados y difamados, entonces se convierten en objetos de desprecio y odio. Idea que se asocia con el punto de vista que afirma “Los libros han sido admirados, codiciados y hasta venerados, pero también han sido despreciados, odiados y destruidos” (Martínez, 2021, p. 11). La primera es una postura intelectual; la segunda revela una posición contra intelectual. La biblioclastia como práctica de aniquilamiento de material bibliográfico, proyecta

desconfianza, hostilidad, escarnio en torno a las instituciones que lo conservan, organizan y difunden, es decir, las bibliotecas. Tanto al ensalce como al desdén en torno a los libros y los centros bibliotecarios que los conservan se les ha dedicado vastos y prolijos estudios y análisis.

En concordancia con el título de esta disertación, en esta ocasión la dimensión discursiva que se detalla a continuación es, cabe subrayar, en relación con el panorama conceptual que gira en torno a la destrucción de libros y bibliotecas. En general, se analizan los términos que se han estado tratando en la literatura especializada. El siguiente esquema aglutina la gama de expresiones que se puntualizan sobre la temática aludida.

Figura 1 Entramado conceptual concerniente a la destrucción de libros y bibliotecas



Fuente: Elaboración propia

La reflexión teórica requiere andar el camino de la teoría del concepto en cuestión. Así que la palabra «biblioclastia», como esencial elemento lógico de la presente explicación, constituye la sustancia de los razonamientos que se expresan a continuación. Como el componente fundamental de toda teoría básica es el bagaje cultural del término, resulta relevante y pertinente distinguir definiciones, conceptos y relaciones. Con base esta deducción, tratemos de esclarecer las palabras clave de la Figura 1.

estratos de la sociedad. Cuando grupos políticos y religiosos de derecha, estadounidenses y europeos, han hecho pronunciamientos de odio en contra del Islam, ha ocasionado como resultado difundir llamados para quemar públicamente ejemplares del Sagrado Corán. Este discurso de inquina ha intensificado actos de islamofobia, convirtiéndose en claros comportamientos de bibliofobia que dañan las emociones de quienes profesan otras religiones y que potencian el desorden civil, pues, “el consecuente efecto de la quema de libros sagrados crea una ruptura ideológica directa entre los seguidores de los libros sagrados y quienes los queman” (Qureshi, 2017, p. 100), o los profanan destruyéndolos mediante diferentes maneras.

Biblioclastia

El entendimiento básico del vocablo en cuestión sugiere acudir a los diccionarios de la especialidad; a ciertos autores que han hecho un gran trabajo sobre la terminología bibliotecológica. En el clásico diccionario de Domingo Buonocore, la etimología griega de «biblioclasta» se forma de las voces *biblion* (βιβλίον), libro; *klaō* (κλάω), romper. Si es que un sujeto que practica la biblioclastia es, ni más ni menos, un “destructor de libros” (Buonocore, 1976, p. 63.), alguien que destroza o rotura libros; es decir, el biblioclast es la “persona que destruye o mutila libros, por una razón u otra” (Reitz, 2004, p. 69). Pero este acto destructor de material bibliográfico no

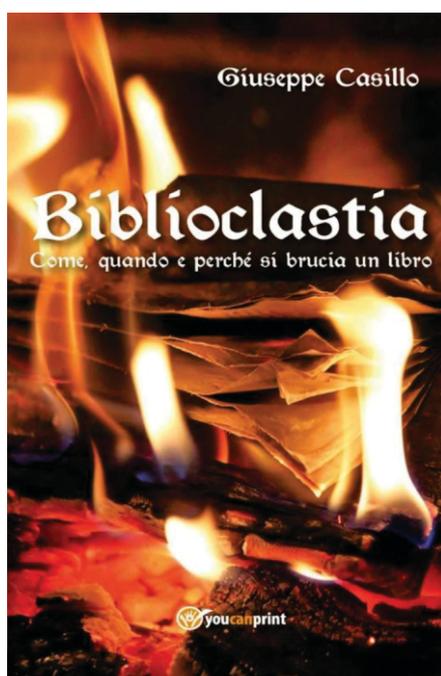


Figura. 3 Cubierta del libro de Giuseppe Casillo

solamente tiene un alcance en relación con un individuo. La biblioclastia también es pensada, planificada y realizada por organismos de diferente naturaleza social, política, ideológica, económica y cultural. Es más, cuando la biblioclastia ha alcanzado grados de alta intensidad catastrófica, es el sofisticado aparato de Estado quien la ha puesto en práctica; la historia de la destrucción de libros y bibliotecas nos lo muestra como el mayor órgano devastador de colecciones bibliográficas, personales e institucionales. El «Estado biblioclasta» más señalado durante el siglo pasado y el que transcurre ha sido el Estado alemán nazi (Knuth, 2003, p. 52; Polastron, 2007, p. 165).

En todas las monografías historiográficas que versan sobre el tema, la Alemania gobernada por Adolf Hitler es acusada de haber cometido la mayor hecatombe en materia de libros y bibliotecas. Al respecto se afirma: “Entre 1933 y 1945, las fuerzas nazis destruyeron más de 100 millones de volúmenes de bibliotecas y editoriales en Alemania y la Europa ocupada” (Raven, 2004, p. 23). Los estragos causados en el contexto de este desastre cultural contemporáneo han sido de los más infaustos que ha vivido la humanidad. Pero la destrucción de la cultura bibliográfica y bibliotecaria no solamente fue responsabilidad de las potencias del Eje (Alemania, Japón e Italia), pues también el grupo de los Aliados (Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética) durante la segunda guerra Mundial contribuyó con creces a esa aterradora devastación (Raven, 2004, p. 24).

Biblioclastia

El bibliotecario mexicano Juan B. Iguíniz en su Léxico bibliográfico al referirse al biblioclasta, lo señala como un “mutilador de libros”. Para este autor, “los mutiladores de libros constituyen una plaga en las bibliotecas”; y distingue tres categorías, a saber: “1ª Los estudiantes, que sin el menor escrúpulo cortan las hojas de los libros para aprovecharse de su contenido; 2ª Los periodistas, que hacen otro tanto y desprenden las láminas para utilizarlas en los reportazgos, y 3ª Los bibliófilos, que mutilan los libros para completar las hojas, las láminas y los mapas que faltan en sus ejemplares” (Iguíniz, 1959, p. 38). Ciertamente este punto de vista, acertado a todas luces, se limita apenas a determinados tipos de lectores y usuarios como protagonistas de hechos biblioclásticos llevados a cabo en las bibliotecas. Es decir, es un acercamiento acertado pero exiguo, pues existen más tipos de biblioclastas y más escenarios biblioclásticos.

Bibliolitia

La raíz de bibliolitia proviene del griego: *bibliony lytikós*. De modo que, a la raíz “biblio” se le agrega el gr. *λιθός* (piedra). Así, un “bibliolita” podría ser “apedreador de libros”, por ende, es un destructor de libros, un individuo capaz de aniquilar o eliminar libros de forma voluntaria, pero no solamente lapidándolos. En efecto, Buonocore en su Diccionario de bibliotecología asienta y define el término «bibliolitia», en torno al cual refiere: “Con esta palabra se designa la destrucción voluntaria de libros, destrucción efectuada por personas interesadas en eliminarlos, o por los mismos editores y, hasta por los mismos autores, movidos por causas de diversa índole” (Buonocore, 1976, p. 69). Significado que se remonta a su Vocabulario

bibliográfico (1952, p. 47). Califas, monarcas, emperadores, papas, obispos, inquisidores, militares y otros oscuros personajes de diversa laya, como se sabe, han pasado a los anales de la historia como funestos bibliolitas.

Libricidio

Desde otra perspectiva conceptual, Rebecca Knuth (2002; 2003) escribe por primera ocasión, en los albores de la presente centuria, el término «libricide» - libricidio, librocidio o bibliocidio- para referirse a las masivas quemas de libros y colosales arrasamientos de bibliotecas durante el siglo XX. Así que el “libricidio no es la suma abstracta de crímenes espontáneos derivados de la pasión ideológica, sino un método de devastación deliberado, sistemático y violento” (Meneses y Licea, 2005, p. 69),

puesto en práctica contra libros y bibliotecas por aquellos regímenes extremistas o belicosos durante el pasado y presente siglo. Si es que en este entorno conceptual la noción de Estado biblioclasta cobra particular relevancia y pertinencia porque el término “libricide” se define como: “La destrucción sistemática de libros y bibliotecas patrocinada por el Estado” (Reitz, 2004, p. 417). Así, también es apropiado pensar en la palabra clave: Estado libricida. Si nos ajustamos a la etimología latina, las palabras bibliocidio o libricidio se relacionan con expresiones que se derivan del vocablo homicidium. Consecuentemente, los vocablos en cuestión se constituyen de libri o biblion,

libro y de la raíz “cid” que se forma por apofonía del verbo caedere que significa matar, masacrar, abatir, golpear, herir, exterminar, cortar, romper. Para algunos el vocablo libricidio es sinónimo de biblioclastia (Navarrete, 2018).

El libricida se caracteriza por el alto grado de violencia y barbarie que práctica contra los bienes culturales, en particular para atacar con especial vehemencia la cultura bibliográfica de la nación; furor que apunta hacia los libros y las bibliotecas. El libricidio se impone en donde se comete flagrante genocidio, si es que el asesinato masivo de personas está vinculado a la destrucción descomunal de libros y bibliotecas

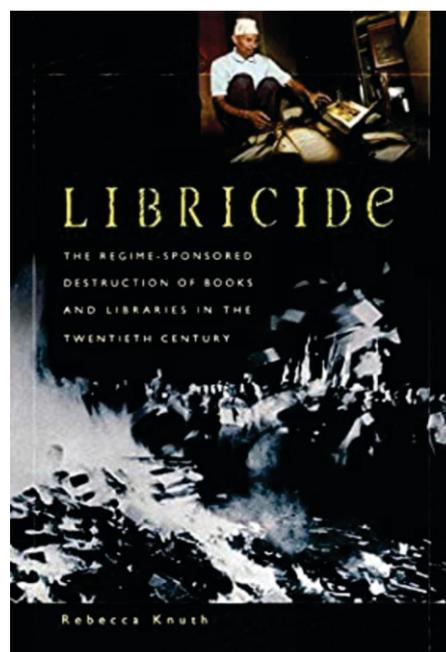


Figura 4. Pasta del libro de Rebecca Knuth

por motivos de raza, ideología, política y religión. Desde esta arista, el concepto en cuestión es parte del etnocidio, esto es, de la liquidación de la cultura de un pueblo. Dicho de otra manera, el libricidio se comenta teniendo como base ideológica el distorsionado y falso pregón de superioridad de una cultura sobre otras. Asimismo, los libricidas llevan a cabo la devastación táctica de material bibliográfico y sus recintos públicos de lectura como un mecanismo sistemático preconcebido, mediante el cual un determinado régimen político busca legitimar su dominación para reclamar territorios y recursos (Knuth, 2003, p. 33), vejando, denostando y pulverizando la memoria colectiva documental. Esto ha sido así porque las bibliotecas con sus libros han demostrado, a lo largo de los siglos, ser los principales bastiones contra la extinción de las ideas formuladas por una gran diversidad de pensamientos de mujeres y hombres; porque su personal bibliotecario se ha desempeñado, a través del tiempo, como fundamental custodio del patrimonio bibliográfico que desarrolla, organiza y difunde para facilitar a la comunidad de usuarios y lectores su préstamo reglamentado.

Biblioclasmo

En la literatura especializada sobre la temática se encuentra otro vocablo afín, aunque poco usado: «biblioclasmo». La etimología griega de la palabra *klasma* (κλάσμα) significa un trozo roto, proveniente del verbo “*klao*”, romper. Así, en el Oxford English Dictionary (1989, p. 609), “*biblioclasmo*” se define como “la ruptura de libros” (the breaking of books). Asimismo, “se utiliza de manera indistinta para designar toda forma de hostilidad hacia los libros” (Ricaud, 2007, p. 42). Entonces el biblioclasmo denota una serie de hechos execrables y sensaciones negativas hacia ese tipo de materiales de lectura. Acorde con esta significación, la voz biblioclasmo ha sido considerada por algunos autores (Knuth, 2006) para explicar la dilatada dimensión histórica concerniente a la destrucción de libros y bibliotecas, por ende, se puede considerar como sinónimo de biblioclastia. Si se acepta el punto de vista de Ricaud, biblioclasmo conlleva contienda, conflagración, combate, ataque, agresión o aniquilamiento de libros, en suma, destrucción tramada de material bibliográfico. Así que también se usa este término no para imponer un juicio, sino para señalar una acción intencionada que tiene sus raíces en la repugnancia moral y se entrelaza con actos de vandalismo y violencia política. De tal suerte que se vincula el biblioclasmo con la quema premeditada de objetos bibliográficos (Knuth, 2006, p. 3). Así las cosas, esta expresión se relaciona tanto con la palabra biblioclastia como con el vocablo bibliolitia; y como telón de fondo con la especificación que indica bibliofobia.

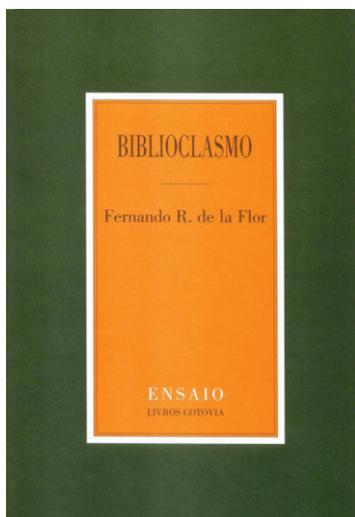


Figura 5. Tapa del libro de Fernando R. de la Flor

Phillippe Ricaud dilucida conceptualmente el término biblioclismo, pero no se puede concordar con algunos de sus puntos de vista. Al considerar la censura/prohibición y la destrucción de libros en la esfera del biblioclismo nos parece que esta percepción adolece de precisión. Por ejemplo, este autor al afirmar que el biblioclismo es “toda forma de hostilidad hacia los libros”, asevera que esta manera “ha sido estudiada particularmente desde su ángulo más espectacular, el de la prohibición o de la destrucción” (Ricaud, 2007, p. 42). Parece necesario aclarar que la prohibición de libros sí es una forma de hostilidad en torno a estos materiales de lectura y que tiene cierta relación con la destrucción de los mismos, pero la censura de libros es un asunto tangencial o periférico al biblioclismo propiamente dicho. Es decir, la prohibición de libros no necesariamente apunta a la devastación, a emprender autos de fe, a lanzar al fuego obras de autores indeseados, a echar a la trituradora textos, a bombardear bibliotecas, sino solo a expurgar, separar, ocultar y custodiar celosamente ciertos volúmenes en determinados contextos sociales, políticos, culturales e ideológicos. Por esto, el “biblioclismo moderno ocurre cuando los libros y las bibliotecas son percibidos por un grupo social como metas ideológicas indeterminadas” (Knuth, 2006, p. 2).

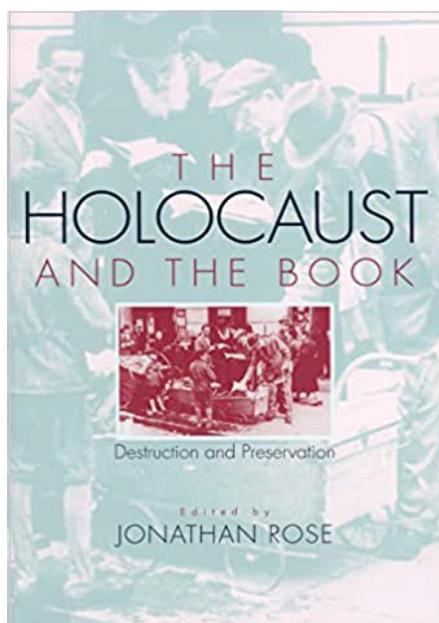
No obstante, Ricaud vincula la censura con el biblioclismo al discurrir en relación con “las ideas hostiles hacia el libro en general, hacia todos los libros”. En este sentido, él dice que “no hay que confundir dos tipos de condenas”: 1] la censura política o moral y 2] la eliminación física de los libros por el poder en turno. Asimismo, afirma: “Una cosa es la denuncia de ciertos libros subversivos, inmorales o peligrosos, y otra es la condena de todos los libros. Entonces, es conveniente circunscribir la condena por vías intelectuales de todos los libros, o si se prefiere, del libro como tal, y es a esta segunda forma a la que reservaremos el término de biblioclismo” (Ricaud, 2007, pp. 42-43). Si interpretamos la palabra “condena” como sinónimo de “censura”, de prohibición fragmentaria, incompleta o absoluta de libros, entonces este punto de vista es apenas una aproximación al significado genuino de biblioclismo, el cual entraña destrozar, despedazar, destruir libros y espacios públicos y privados que los albergan, como las bibliotecas.

Ricaud también no está de acuerdo con el significado literal de la palabra biblioclasmo porque significa “romper libros”. Al respecto asienta: “Un libro se desgarrar o se quema, pero uno no podría romperlo” (2007, p. 43). Nuestra percepción difiere porque el daño que se puede ocasionar a las colecciones de libros en molinos de papel, con las manos o con cuchillas sí es posible lesionarlos, romperlos, roturarlos. Por ende, el rompimiento de pastas y páginas es un claro acto de biblioclasmo. Los mutiladores de libros a los que se refiere Iguíniz (1959, p. 38), son un ejemplo en este sentido.

Bibliocausto

Otra acepción alusiva al aniquilamiento de libros y bibliotecas que ha cobrado cierta importancia en la literatura especializada es la que alude a la destrucción masiva de estos recursos culturales, esto es, el «bibliocausto». No obstante que los diccionarios generales y especializados no registran la palabra, se puede decir que es un neologismo con base en las siguientes raíces griegas: βιβλίον (biblio - libro), καυστικός (kaustos - quemado). Así, “bibliocausto podría definirse como libro quemado, libros quemados o quema de libros” (Santos, 2021, P. 79). Como se puede inferir, bibliocausto se relaciona con la palabra “Holocausto”, cuyo significado histórico es el genocidio que cometió el régimen de la Alemania nazi contra la población judía durante la Segunda Guerra Mundial. Se tiene noticia que, a causa de la quemazón de libros en la Alemania nazi, en mayo de 1933, la revista Newsweek consideró el

Figura 6. Forro del libro de Jonathan Rose



acontecimiento como un “holocausto de libros”; y la revista Times escribió la palabra “bibliocausto” (Báez, 2004, p. 223). El título del libro *The Holocaust and the Book*, editado por Jonathan Rose (2000), es notoriamente elocuente en este sentido. Si es que el Holocausto nazi (Rose, 2000, p. 1) precede al Bibliocausto nazi (Báez, 2004, p. 218). La relación entre estos dos sucesos se percibe mejor cuando se asevera: “Las imágenes fotográficas de la quema de libros judíos se han utilizado ampliamente para ilustrar y simbolizar los comienzos del holocausto” (Raven, 2004, p. 23). Trances históricos que documentan el dramático y triste destino de millones de

personas con sus libros y bibliotecas en tiempos de esa conflagración. Acontecimientos aciagos que han originado abundantes investigaciones. Entonces, la palabra bibliocausto se refiere a un “holocausto de libros” (García, 2011, p. 65); a una fuerte e intensiva destrucción de libros y bibliotecas. Objetos bibliográficos e instituciones bibliotecarias, cuyo aniquilamiento se hace con el afán de borrar el conocimiento y la información, elementos fundamentales de la retentiva o evocación que permite a los seres humanos creer, conocer y saber, y así recordar aniversarios, celebrar acontecimientos, conmemorar personajes, forjar identidad, festejar victorias, practicar valores, afianzar principios, avanzar proyectos científicos y tecnológicos, etcétera. Todo esto se pone en riesgo ante acontecimientos que entrañan bibliocausto.

Memoricidio



Figura 7. Ruinas de la Biblioteca de Sarajevo en 1992.

Al hacer referencia al conflicto bélico acaecido en la década de los noventa del siglo pasado en el territorio de la antigua Yugoslavia, este neologismo se le acredita al escritor español Juan Goytisolo (1994, p. 39). Otro antecedente afirma que la expresión «memoricide» la introdujo Mirko Dražen Grmek (escritor y científico croata) en conferencias que pronunció en

1991, y cuyo significado es “la intención activa de destruir todos los rastros culturales e históricos de una nación en un cierto territorio” (Fatovic-Ferencic y Buklijas, 2000: 8-9). Pero en realidad sería hasta la destrucción de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia y Herzegovina (Zeco y Tomljnovich, 1996), ubicada en la ciudad capital de Sarajevo, acaecida entre el 25 y 27 agosto de 1992, cuando esta palabra cobró particular énfasis en la prensa internacional y artículos académicos (Blažina, 1996).

Como fuere, la Organización de las Naciones Unidas define este vocablo como “la destrucción intencional de bienes culturales que no se puede justificar por la necesidad militar”. Así, el concepto «memoricidio» tiene, en contraste con los anteriores vocablos, un significado general, pues es la devastación intencional para aniquilar la memoria cultural que un pueblo o nación, país o Estado, atesora en sus diversos espacios documentales, como: bibliotecas, archivos, museos, galerías,

monumentos arquitectónicos y sitios históricos; en tanto el significado de libricidio, por ejemplo, se acota al aniquilamiento de la rica cultura bibliográfica (Meneses y Licea, 2005, pp. 68-69). En suma, el memoricidio es la destrucción de extensa magnitud y alta intensidad, pues abarca toda la memoria colectiva en un contexto cultural diverso y expuesto al “fuego purificador” de las fuerzas beligerantes, comúnmente lideradas por personajes carismáticos y perversos, responsables todos ellos de formar regímenes genocidas en donde la destrucción de la vida y la cultura es parte importante de sus horrendos crímenes cometidos.

Genocidio cultural

Con respecto a los ataques indiscriminados contra los bienes culturales en tiempos de conflictos bélicos también a estos hechos se les ha atribuido el concepto de «genocidio cultural» (Expósito, 2021, p. 225), el cual tiene una estrecha relación con el significado de memoricidio. La agresión contra el patrimonio cultural, de cualquier pueblo, apunta a destruir la memoria cultural como forma de dominio sobre quienes resultan vencidos y oprimidos.

Se sabe que el concepto de genocidio culturales un término ideado en el campo de la sociología durante la segunda mitad del siglo XX, el cual denota “las condiciones socioculturales modernas, cuando las fronteras nacionales y culturales se borran artificialmente, la enseñanza en el idioma nativo está prohibida o limitada, los representantes de la intelectualidad nacional son objeto de represión y los monumentos [y organismos] culturales son destruidos” (Paronyan, Meléndez y Alfaro, 2021, p. 255). La finalidad es hacer efectiva la política de suprimir el sentimiento de pertenencia a una determinada colectividad cultural y fomentar así la asimilación de las minorías sociales. De modo que, la devastación de libros y bibliotecas, en complejos contextos sociales, ataca no solamente la identidad individual sino también la cultura que forja la identidad grupal. En este sentido, la violencia a la cultura es una característica de la violencia política, por lo que el etnocidio tiende a ensombrecer al genocidio (Knuth, 2003, p. 49).

Sin duda, el genocidio cultural debería ser discutido como un delito en la esfera del Derecho Internacional,

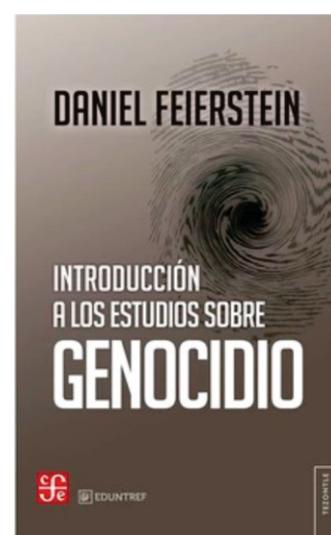


Figura 8. Cubierta del libro Daniel Feierstein

pues este suceso significa “la destrucción deliberada 'total o parcial' de la cultura y la identidad de una nación” (Paronyan, Meléndez y Alfaro, 2021, p. 253). En efecto, la destrucción de los bienes culturales de un país es un claro atentado contra la identidad cultural de los pueblos. La destrucción de libros y bibliotecas, como parte del genocidio cultural, vulnera el entramado de valores, principios, tradiciones, saberes, símbolos, creencias y maneras de ser de los individuos y grupos. Así, el genocidio cultural quebranta, en toda su extensión, la identidad nacional de todos los grupos etarios. En este sentido, el término en cuestión se define como “la destrucción sistemática del patrimonio y las características culturales específicas del grupo víctima, que puede ser una fase previa o posterior al genocidio, o puede ser un crimen con un significado diferente al genocidio físico y biológico” (Paronyan, Meléndez y Alfaro, 2021, p. 255).

El neologismo «genocidio» fue ideado, a mediados del siglo XX (1943), por el jurista judeo-polaco Raphael Lemkin para dar cuenta sobre las masivas matanzas de población ocurridas en el contexto del nazismo. Concretamente para explicar la intensiva destrucción de una nación o grupo étnico. Táctica y estratégicamente el genocidio apunta al aniquilamiento de la identidad nacional del grupo oprimido y a la imposición de la identidad nacional del opresor. Entonces, como el principal objetivo de este inhumano fenómeno es destruir la identidad de los oprimidos para lograr imponerles la identidad de los opresores (Feierstein, 2015, p. 109; Feierstein, 2016, p. 14-15), el mecanismo de opresión, controlado por el aparato punitivo del Estado (ejército, policía y fuerzas especiales de seguridad), es para generar en toda su extensión un terrorismo de Estado, el cual ha logrado alcanzar a todo tipo de sistemas culturales. Dado que durante los procesos de aniquilamiento de grupos nacionales, raciales, religiosos o étnicos implica tanto «destruir para sojuzgar» como «destruir para erradicar» (Feierstein, 2015, p. 177), para los perpetradores el patrimonio cultural en general y el bien cultural bibliográfico-bibliotecario en particular no han pasado inadvertidos.

Otros términos Ciertamente hay otros términos limítrofes o colindantes que de alguna manera se vinculan con el léxico relativo a la destrucción de libros y bibliotecas, tales como el de bibliocleptomanía, cuya etimología está compuesta por tres raíces griegas: *biblion* (βιβλίον), libro; *klept* (κλεπτο), robar; y *manía* (μανία), locura, por lo que la palabra «biblioclepto» significa el que roba libros por padecer síndrome maniaco. Sin duda,



Figura 9. Forro del libro de Markus Zusak

los ladrones de libros, llamados bibliocleptos, bibliocleptómanos o bibliocleptomaniacos, disgregan colecciones, lo que induce a desmembrar acervos de bibliotecas, a perder el rastro de importantes obras. Aunque la desintegración de fondos bibliográficos, por medio del hurto, no es precisamente la inutilización o desaparición total del material de lectura, sí se hace un daño severo a las instituciones bibliotecarias que lo padecen. Las personas cleptómanas de libros han sido tema no solamente en el mundo de la academia, sino también en el escenario literario. Como ejemplo de esto cabe recordar las novelas *El ladrón de libros* (Editorial El Mono Libre, 2021) de Alessandro Tota, con dibujos de Pierre van Hove, quien hace referencia a un joven estudiante de nombre Daniel Brodin, proclive a manganar libros; o *La ladrona de libros* (Lumen, 2007) del escritor australiano Markus Zusak, cuya protagonista, Liesel Meminger, busca en el poder de los libros que roba la fuerza de las palabras como una forma de escapar de aquellos tiempos inseguros y de horror que impuso la Alemania nazi. Pero lejos está que este problema sea meramente tópico de la literatura de ficción novelesca. La historia ha dado cuenta de varios acontecimientos de robo de libros manuscritos e impresos, de libros incunables, raros y curiosos, de verdaderas joyas bibliográficas; pertenecientes a prestigiosas o modestas bibliotecas públicas, escolares, universitarias, especializadas y nacionales (Polastron, 2007, pp.234-239).

Algunos ladrones de libros, con importantes credenciales académicas y científicas, sí se han convertido en verdaderos biblioclastas o bibliómacos, pues a veces también han procedido a mutilar libros sin miramiento alguno. Algunos libreros, bibliotecarios, profesores, eruditos, anticuarios, estudiantes, coleccionistas, bibliófilos, bibliógrafos, periodistas, entre otros, son los que a veces han sido descubiertos sin fraganti ante sus fechorías. Empero, como bien se dice: “no hay peor agravante para un ladrón de libros que ser bibliotecario, librero o anticuario, porque ellos traicionan su profesión y se aprovechan de su situación de cercanía para perpetrar sus crímenes” (Gamero, 2019). Juicio que también puede ser extensivo al biblioclasta o bibliómaco (García, 2000, p. 47). Ahora bien, si el biblioclepto es quien tiene la «bibliotecomanía» (del gr. *bibliothēke*, biblioteca, y *manía*, locura, pasión)

o «bibliomanía» de hurtar libros, no todos los que roban estos objetos de lectura lo hacen precisamente porque padezcan este desequilibrio mental. Hay quienes lo hacen por diferentes intereses egoístas, por apego a las ganancias mal habidas, por perfidia a su trabajo intelectual, por abuso de su poder oficial. A estos últimos individuos más bien hay que señalarlos como bibliopiratas y no como bibliómanos, dado que el término de «bibliopirata» significa “persona que hurta libros” con propósito, empeño, voluntad, determinación y motivo de apropiárselos para obtener dividendos, y el botín que obtienen estos pillos se denomina «bibliopiratería» (Buonocore, 1976, p. 72; García, 2000, p. 47).

Otra expresión: bibliófago (del gr. *biblion*, libro, y *phagoo*, comer), el que practica la «bibliofagia» en alguna de sus formas (García, 2000, p. 43-44), en este caso, quien come libros. Aunque casos raros, se sabe “que muchos individuos pertenecientes al pueblo tártaro tienen la costumbre de comer las hojas de los libros para impregnarse de esta manera de la sabiduría contenida en ellos” (Buonocore, 1976, p. 63). No omitamos el vocablo «bibliótafo» (del gr. *biblion*, libro, y *taphein*, enterrar”), es decir, la estancia “reservada de una biblioteca donde se guardan las obras preciosas o que por alguna circunstancia no se pueden facilitar a cualquier persona” (Iguíniz, 1959, p. 43). Se trata, pues, de aquellas colecciones conformadas bajo la categoría de «libros prohibidos» por la Iglesia y el Estado. Espacio denominado a veces como “infiernillo”, habitáculo cerrado donde las instituciones represoras confinaban los libros que habían sido censurados por ofensa a la religión, al poder o a la moral. Por ejemplo, este departamento recóndito en la Biblioteca Nacional de Francia, llamado simplemente “infierno” es donde se almacenaban los libros “sucios”, esto es, aquellos con fuerte contenido erótico o pornográfico. Libros licenciosos, lascivos, lúbricos, obscenos o lujuriosos que, por ende, consideraba el personal bibliotecario guardar bajo llave (Darnton, 2008, p. 143). Una manera de conocer el acervo del infierno que conserva la Bibliothèque nationale de France es a través

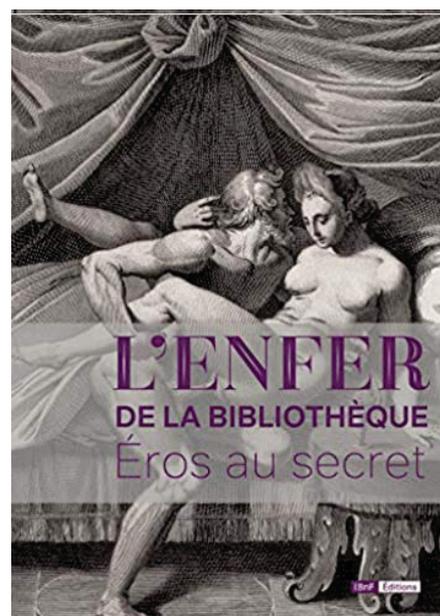


Figura 10. El infierno de la biblioteca, publicación de la Bibliothèque nationale de France

de su publicación *L'enfer de la bibliothèque* (2007), algunos de esos impresos fueron material de la exposición que esa institución realizó entre el 4 de diciembre de 2007 al 2 de marzo de 2008, evento que tuvo gran difusión en la prensa internacional. Obras impresas de reputados autores que, por escribir en contra de las buenas costumbres que dictaba la Iglesia y el Estado, a veces no solamente eran aisladas en piezas cerradas, sino que eran conducidas a la hoguera.

Conclusión

La destrucción de los libros y bibliotecas en particular y el aniquilamiento de la cultura material en general, se concentran en un repertorio conceptual que guía la naturaleza terminológica del fenómeno. Así se han detallado los términos de bibliofobia, biblioclastia, biblioclasmo, bibliolitia, libricidio, biblioclausto, memoricidio y genocidio cultural. Vocabulario que destaca en la literatura especializada para detallar todo acto de violencia y barbarie cometidos en diferentes contextos por distintos regímenes autoritarios. También se ha hecho alusión a vocablos contiguos al tema central, tales como: bibliocleptomanía, bibliopiratería, bibliófago y bibliótafo.

Es claro que los comportamientos de devastación de esos objetos y espacios de lectura, parte esencial de la cultura bibliográfica de los pueblos, trastocan la paz, perturban la armonía y alteran el orden público de nuestras sociedades multiculturales. Por esto, la comunidad bibliotecaria tiene la responsabilidad social de continuar estudiando y analizando esta temática desde diferentes aristas. La educación e investigación en bibliotecología, biblioteconomía y ciencia de la información, así como la práctica de estas disciplinas, deben constituirse en una de las primeras líneas de defensa con respecto a conductas que atentan contra los bienes culturales de los pueblos.

Se ha hecho alusión a dos palabras claves que mantienen una estrecha relación: Estado biblioclasta y Estado libricida. Su significado implica entender la potente destrucción deliberada que este aparato ha llevado a cabo tanto en determinados contextos sociales y políticos, como en tiempos de guerra y golpes de Estado. La historiografía de la guerra en general y de la destrucción de libros y bibliotecas en tiempos de conflictos bélicos en particular, por un lado, y la devastación de estos objetos e instituciones culturales en periodos de golpes de Estado, por el otro, retratan al Estado como la estructura política que más ha cometido actos masivos de biblioclastia o libricidio.

Mientras la humanidad siga respondiendo con profunda indignación a la destrucción violenta de libros y bibliotecas, entonces siempre habrá la esperanza de que individuos y colectivos se opongan a esta catástrofe cultural que parece no tener fin. Mientras el gremio bibliotecario, del mundo en general y de América Latina en particular, continúe empeñándose en resistir y documentar hechos de biblioclastia, contribuirá a seguir transmitiendo la indignación, la tristeza y el miedo de quienes resultan ser las víctimas de la ruptura de la paz y del orden público; y coadyuvará a delatar a los agresores cabecillas que cometen infames actos destructivos, así como a revelar las pérdidas materiales de la memoria cultural entre las presentes y futuras generaciones para que, ante estos deplorables acontecimientos, perdure la consigna ¡Ni perdón ni olvido!

Referencias bibliográficas

Báez, F. (2004). Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak. México: Ranom House Mondadori

Blažina, V. (1996). Mémoricide ou la purification culturelle: la guerre et les bibliothèques de Croatie et de Bosnie-Herzégovine. *Documentation et Bibliothèques*. 42(4), 149-163.

Bosmajian, H. (2006). Burningbooks. Jefferson, North Carolina: McFarland& Company.

Biblioclasm (1989). In Oxford English Dictionary, Second Edition, Vol. 2, prepared by J. A. Simpson and E. S. C. Weiner. Oxford: Clarendon Press, 609.

Buonocore, D. (1976). Diccionario de bibliotecología: términos relativos a la bibliología, bibliografía, bibliofilia, biblioteconomía, archivología, documentología, tipografía y materias afines. 2ª ed. Buenos Aires: Marymar.

Buonocore, D. (1952). Vocabulario bibliográfico. Santa Fe, Argentina: Librería y Editorial Castellví.

Darnton, R. (2008). Los bestsellers prohibidos en Francia antes de la revolución. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Fatovic-Ferencic, S., Buklijas, T. (2000). Mirko Dra`en Grmek: the genesis of scientific fact and archaeology of disease. *Collegium Antropologicum*. 24(1), 1-10.

Feierstein, D. (2016). Introducción a los estudios sobre genocidio. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Feierstein, D. (2015). Juicios: sobre la elaboración del genocidio II. Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica.

Gamero, A. (2019). Los 14 mayores ladrones de libros de la historia. La Piedra de Sísifo: Gabinete de Curiosidades.

<https://lapiedradesisifo.com/2019/05/28/los-14-mayores-ladrones-de-libros-de-la-historia/>

García Cuetos, M.P. (2011). Los nuevos conceptos de bibliocausto, libricidio y memoricidio. En *El patrimonio cultural: conceptos básicos* (64-66). Zaragoza: Pressas Universitarias de Zaragoza.

Gil Sánchez, L.A. (2007). Censura en el mundo antiguo. Madrid: Alianza.

Goytisoló, J. (1994). Memoricidio. En Cuaderno de Sarajevo: anotaciones de un viaje a la barbarie (39-45). México: Aguilar.

Iguíniz, J.B. (1959). Léxico bibliográfico. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Nacional de México, Instituto Bibliográfico Mexicano.

Knuth, R. (2006). Burningbooks and leveling libraries: extremistviolence and cultural destruction. Westport, Connecticut: Praeger.

Knuth, R. (2003). Libricide: the regime-sponsoreddestruction of books and libraries during the twentiethcentury. Westport, Connecticut: Praeger.

Knuth, R. (2002). Libricide: the state-sponsoreddestruction of books and libraries. Encyclopedia of library and information science. (234-244). 72(Supplement 35). New York: Marcel Dekker.

Martínez Rus, A. (2021). Libros al fuego y lecturas prohibidas: el bibliocausto franquista (1936-1948). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Meneses Tello, F., Licea de Arenas, J. (2005). El problema ideológico de la selección-eliminación-destrucción de libros y bibliotecas. Ciencias de la Información. Vol. 36, núm. 2, pp. 65-71.

Navarrete Caparrós, A. (2018). Biblioclastia: la destrucción de biblioteca a lo largo de la historia. España: Publicación independiente.

Panoryan, H., Meléndez Carballido, R., Alfaro Matos, M. (2021). El concepto de genocidio cultural: una perspectiva desde derecho internacional. Universidad y Sociedad: Revista Científica de la Universidad de Cienfuegos. 13(53), 250- 255.

Qureshi, W.A. (2017). Can the Burning of Holy Books Ever Be Justified? Washington and Lee Journal of Civil Rights and Social Justice. 24(1), 63-101.

Raven, J. (2004). Introduction: the resonances of loss. In J. Raven ed. Lost libraries: the destruction of great book collections since antiquity (1-40). Palgrave Macmillan.

Reitz, J.M. (2004). Dictionary for library and information science. Westport, Connecticut: Libraries Unlimited.

Ricaud, P. (2007). Contra el libro: el biblioclasmo como postura intelectual. Istor: Revista Internacional. Año VIII, Núm. 31, pp. 42-56.

Rose, J. (ed.) (2000). The holocaust and the book .Amherst: University of Massachusetts Press.

Santos Fabián, B.B. (2021). Las quemadas del libro (bibliocausto) en la Alemania nazi (1933-1945): una aproximación al valor del libro en tiempos de guerra. Tesis para obtener el título de licenciada en Bibliotecología y Estudios de la Información. México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

Sousa, J.M. de (1989). Diccionario de bibliología y ciencias afines. Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Zeco, M., Tomljnovich, W. (1996). The National and University Library of Bosnia and Herzegovina during the current war. Library Quarterly. 66(3), 294-301